

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 13 DE JUNIO DE 1909

NÚMERO 76



LA FLAUTA MAGICA

Alejada del pueblo y á la entrada de un frondoso bosque encontrábase la cabaña de la tía Milagros, una pobre vieja que desde tiempos remotos vivía sola y á expensas de la caridad pública en tan miserable refugio. Las gentes la llamaban *la bruja*, y creían á pies juntillos que todos los sábados á media noche volaba por los aires montada en una escoba.

Ayuntamiento de Madrid

Tía Milagros realmente no había dado señales, en su dilatada existencia, de tener pacto con el diablo, ni realizó brujerías de ninguna clase; manteníase de lo que postulaba en las casas de labor.

Cierta día, memorable en los fastos de la aldea, apareció *la bruja* trayendo de la mano á un lindo rapaz de cabellos de oro, ojos de esmeralda y sonrisa de ángel. A los curiosos que la importunaban con insidiosas preguntas acerca de tal hallazgo contóles una historia impropia de quien, como tía Milagros, tenía amistad con el mismísimo infierno. Dijo que aquel niño tan hermoso habíasele encontrado durmiendo en lo más intrincado del bosque y que para librarle de los múltiples peligros á que se exponía en lugar tan frecuentado por las fieras, habíale despertado, trayéndole consigo á su choza, porque el muchachito no daba razón ninguna de quiénes fueran sus padres ó la persona á cuyo cuidado se encontraba.

Los menos dieron por cierta la historia; los más sospecharon una fábula y, dejando volar la fantasía, creyeron que en el asunto intervenía, vaya usted á saber con qué siniestros fines, el propio Satanás: *la bruja*, ó había robado la criatura, ó hacíase cargo de ella para alguna tremenda fechoría.

Pasó un mes y dos y un año y otro y otro, y nadie vino á la aldea preguntando por Bienvenido, que así decía llamarse el infantil huésped de tía Milagros. Y lo más extraordinario es que en la choza nada espantoso ocurría; antes por el contrario, *la bruja* quiere al rapaz como pudiera quererle la más cariñosa abuela, y el rapaz la corresponde con sincero afecto. Veíaseles siempre juntos, y en la miserable vivienda, tantos años silenciosa, resonaban ahora de continuo canciones—que el chico era cantor excelente,—risotadas juveniles y risitas de la vieja, que más parecían fuertes accesos de tos asmática.

Una noche cesaron para siempre en la choza canciones, risotadas y risitas. Tía Milagros tendió sus escuálidos brazos á Bienvenido y, atrayéndole hacia sí, le dió un beso muy fuerte, beso que al muchacho le produjo la impresión de una brasa. La pobre vieja murmuró con voz desfallecida:

—¡Jesús mío, amparadme!—y cuando la criatura puso sus esmeraldinos ojos en la cara de la abuela, quedóse mudo de espanto al verla rígida, las pupilas dilatadas, entreabierta la boca...

Y al notar que aquellos ojos no veían, ni que aquella boca respondía á sus angustiosas interrogaciones, el pobrecito muchacho, aterrorizado, salió de la choza y nunca más volvió á ella.

II

Sin darse cuenta de lo que hacía, entróse Bienvenido en el bosque sollozando. Y triste y abatido, dejóse caer al pie de un roble.

En voz alta, para ahuyentar el miedo que le embargaba, habló de lo que acababa de sucederle á su pobre abuela y del susto grande que le había entrado á él ante su rigidez y silencio inexplicables...

—¡Ten esperanza en Dios!—oyó decir á una voz misteriosa que partía de lo alto.

Confuso y azorado, levanto la vista hacia el sitio donde sonara tal frase, y quedóse estupefacto al no sorprender más que dos redonditos como de oro bruñido que relucían en la frondosidad de un árbol.

—Es un mochuelo el que habla—se dijo el rapaz.

Y encarándose con el ave, en la que los antiguos simbolizaban la sabiduría, la preguntó:

—¿Sabes tú quién soy yo?

—No lo ignoro, ni tampoco que la tía Milagros acaba de morir.

—¡Morir!—replicó el chico encogiéndose de hombros como quien no se explica lo que le dicen.—Morir, ¿qué es...?

—Es acabar de padecer en la vida. Ya no volverás á ver á la que llamas tu abuela.

—¡Virgen mía...! ¡Eso no puede ser...! Ahora mismo me voy á mi choza para no separarme nunca de su lado.

—Es inútil que vuelvas. La pobre mujer es ya sólo un montón de tierra.

—Entonces... ¿quién va á cuidar de mí ahora...?

—Dios. Ya te he dicho que tengas en El toda tu esperanza. Al que confía en su infinita misericordia le ampara como te ampara á ti ahora... Mira al pie de ese árbol y recoge lo que encuentres.

(Concluirá.)



LAS BONDADES DE NINI

XXX

Tienen razón todos cuando dicen que sale mejor cuenta con ser buena. Es decir... el caso es que yo siempre he sido buena; pero antes no lo creían, y ahora ya lo dicen algunas veces. Yo creo que son rarezas de la gente; sí, señor, rarezas nada más, porque ahora no soy



mejor que antes; total, que me estoy sentada cosiendo la ropa para la muñeca que me regaló Piluca, y porque es muy fácil leer y escribir...

¡Y por eso dicen que soy buena! Lo he oído; ¡ya lo creo! El otro día,

cundo vinieron mis papás y abuelitos á verme al colegio, la madre Rosario los dijo:

—¡Estoy maravillada! Hace cerca de un mes que Nini no hace ninguna atrocidad. Yo creo que el Niño-Dios ha hecho un milagro.

—Entonces— dijo mamá— ya no habrá peligro en que la saquemos á casa los dos días de fiesta que vienen. ¡Tenemos unos deseos tan grandes de tenerla siquiera un par de días con nosotros! ¡La echamos tanto de menos, á pesar de sus diabluras!

—Sí, sí— contestó la madre Rosario.—Es una niña encantadora, y va á ser una alhajita en cuanto *siente la cabeza*. En las próximas fiestas se la llevarán ustedes, y confío en que á la

vuelta no tendremos que arrepentirnos de nuestra condescendencia.

Yo escuchaba detrás de una puerta, y me puse la mar de contenta; lo que no pude entender bien fué lo de *sentar la cabeza*. ¡Qué barbaridad! ¿Cómo voy á poderme sentar con la cabeza? Eso sí que me parece dificilito. Pero yo no quise decir entonces nada, para que no me regañasen por haber escuchado.

Me callé, pero di muchos besos á mi mamá, y me puse al cabo de un rato bastante triste; ¿saben ustedes por qué? ¿No? Pues porque en el convento hay pajaritos en unas jaulas muy preciosas, doradas, que están colgadas en el jardín, entre los árboles. Y yo pensaba: «Los

pobres pajaritos no salen nunca á ver á sus papás, y aunque las jaulas son bonitas, también es bonito mi dormitorio, y, sin embargo, me da mucha alegría saber que voy á pasar unos días con mis papás.» ¡Pobres pajaritos! ¡Cuánto me agradecerían que les dejase ir á paseo! Y desde entonces sólo pensaba en eso, y parecía que alguien estaba dentro de mí, diciéndome: «¡Pobres pajaritos presos! ¡Pobres pajaritos presos!» Me decidí, sí, señores, me decidí, y dije: «Yo no salgo de aquí si no salen los pájaros también »

Cuando llegó el día de salida me levanté tempranito, y en un momento en que estaba descuidada la monjita que cuidaba de nuestro dormitorio, me escapé despacito, despacito al jardín... me subí en un banco... abrí una jaula... dos... tres... me bajé, y me subí en otro banco y abrí otra jaula... dos... tres... ¡todas...! ¡con qué alegría salieron volando los pajaritos, qué gusto!

—¡Ea!—pensé,—ya me puedo ir tranquila.

Y me fui á lavarme, como ya estaban haciendo todas las niñas.

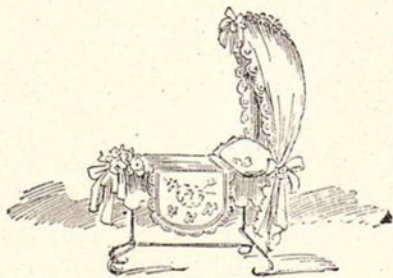
Por fin vinieron mis papás á recogerme, y salí.

.....
¡Qué contenta estuve en casa y en la casa de los abuelos aquellos días! ¡Qué gusto! Me llevaron á paseo, al teatro, á ¡la mar de sitios! Me compraron juguetes; entre ellos una cocinita preciosa. Me llevó mamá á ver á Piluca, y la dije:

—¡Ay, Piluca, qué contenta estoy! Tengo una cocinita y voy á poder guisar como tú!

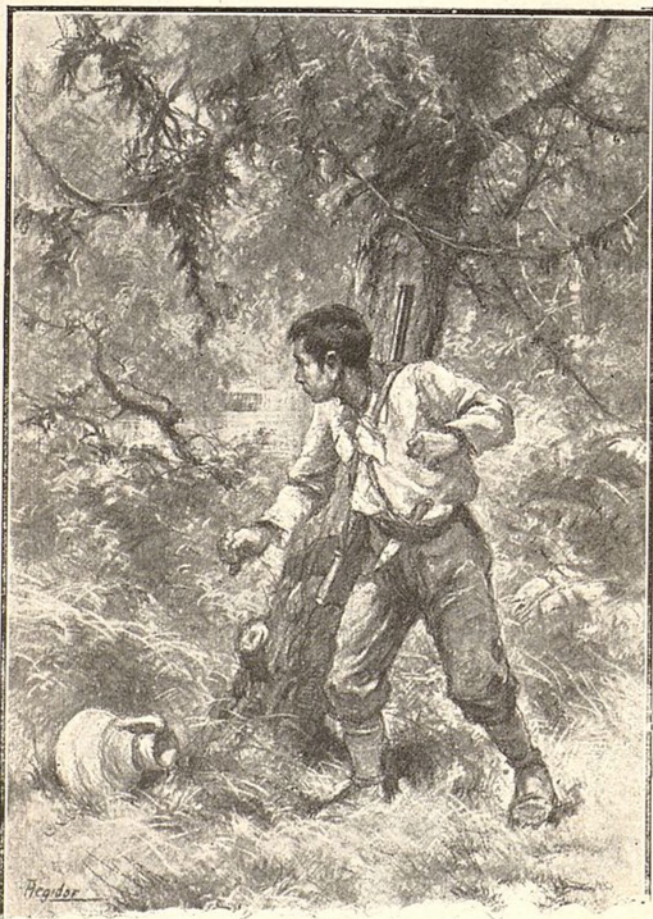
—Pues yo, Nini, te enseñaré la última labor que he hecho. Mira: Adornar esta cunita para mis hijitos.

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO



UN SUSTO

Ya lo sabes, Oliverio—dijo el mayor Somerset, jefe de la expedición, á su criado de confianza.—Vamos á utilizar este descanso para comer. Mientras se prepara la bezofia, coge la cántara y vete por agua al arroyo que vimos á primera hora de la tarde. No tienes



que hacer más que seguir nuestras propias huellas...

Obedeció el criado, y echó á andar; pero en cuanto se vió solo comenzó á temblar como un azogado. Verdaderamente era lo mismo pasar las calles londinenses que internarse entre los gigantes arboles de aquella africana selva, vecina del lago N'gami. Detrás de una de aquellas plantas ¿no podía ocul-

tarse un tigre...? Entre aquellas altísimas hierbas, ¿no era factible que se escondiera algún temible reptil...? Tras aquellos recios, troncos ¿no podía acecharle un... un león? Y sólo con formular estos pensamientos se estremecía de miedo, pareciéndole que el bosque iba á llenarse, como por ensalmo, de bestias feroces. Una liana le dió en la cabeza, y á punto estuvo de confundirla con una serpiente; tropezó en un

carcomido tronco, y creyó tropezar en el cuerpo de una pantera...

Veía ya á través de los árboles las claras y brillantes aguas del arroyo que buscaba, cuando hirió sus oídos un sordo rumor que por momentos se acercaba. Muerto de pavor, abandonó la cántara y se subió á un árbol. Paulatinamente el rumor se hizo estruendo formidable, crujió todo el bosque, como si fuera azotado por una violenta tempestad, y ante sus espantados ojos apareció una numerosa manada de corpulentos elefantes que se encaminaban al arroyo para apagar su sed. En un instante el árbol donde Oliverio se escondía fué cercado por los espantables paquidermos. Uno, que parecía el jefe de la manada, avanzó solo hacia el arroyo, y los demás permanecieron quietos y silenciosos. Nada se oía, si no era el cantar de los pajarillos y el monótono zumbido del viento. Oliverio, viéndoles alzar las trompas y mover las grandes orejas, creyó que le olían y que escuchaban su leve, su sutil respiración. Con pena miró su carabina. ¡Si fuera uno solo...! Pero ¿qué iba á conseguir con matar uno de aquellos animalotes, sino que los restantes se enfurecieran y acabaran con él...? ¡Ay! ¡Aquella sí que no la contaba...!

Cuando mayor era su miedo, la rama donde descansaba empezó á ceder bajo su peso, y, al esfuerzo que hizo para coger otra, se quebró con estrepitoso chasquido. Por unos momentos, mientras casi suspen-



cido en el aire se afanaba por trepar, unos ruidos, tumbos y bufidos disformes hicieron trepidar el bosque entero... Oliverio, casi muerto del susto y asegurado ya en un fuerte brazo del árbol, miró y... vió á los elefantes, vueltas las grisáceas grupas, correr más asustados que él tronchando cuanto se oponía á su paso...

José A. LUENGO.



EL GENERAL MACARD

Este fué un general famoso durante las guerras napoleónicas, no sólo por su bravura, sino por sus excentricidades de guerrero. Quedábase desnudo de medio cuerpo arriba, y con el sable en la mano se lanzaba contra

el enemigo, á la cabeza de sus tropas, dando espantosos gritos. Y era como una visión extraña que hacía huir á los contrarios llenos de pavor, pues no sabían si era un hombre ó un terrible animal quien los perseguía.



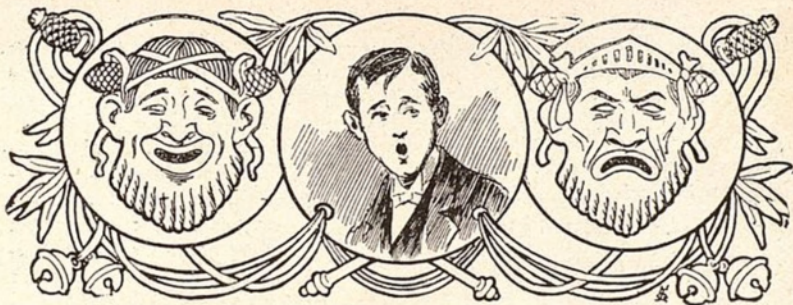
LAS FIESTAS DE JUANA DE ARCO

Para conmemorar la canonización de la Doncella de Orleáns se han celebrado grandes fiestas religiosas y profanas en varios puntos de Francia.

Las de Compiègne, sobre todo, fueron espléndidas, así por la riqueza y propiedad de los trajes como por el número de personas que en ellas tomaron parte, entre las cuales hubo algunos aristócratas.

El número más interesante del programa fué una cabalgata histórica que representaba la entrada en Compiègne--el 18 de Agosto de 1492--del Rey Carlos VII, acompañado de Juana de Arco. Los concejales, las Corporaciones y el pueblo salieron á buscarles á la entrada de la población, conduciéndoles triunfalmente al cruce de los caminos de Choisy y de Poissons para asistir á la Corte de Amor y al torneo celebrados en su honor.

El espectáculo ha sido admirable. Las calles estaban llenas de gente que rompía á cada paso en vivas y aclamaciones, entusiasmada por la propiedad y el buen orden de aquella cabalgata que recordaba las viejas glorias nacionales.



EL POBRECILLO ANTOLIN

(CONTINUACIÓN)

ANT. No, no vaya, señorita, será que estén tostándolo por ahí.

CAROL. Pues voy á ver dónde lo tuestan y á ver si me dan un poco. *(Carolina sale olfateando.)*

ESCENA XIII

ANTOLIN Y TELDORO

TEOD. ¿Sabes una cosa, Antolín? Yo siento decírtelo, pero quiero que lo sepas. Mamá está muy descontenta de ti.

ANT. ¿De mí? ¿Por qué?

TEOD. Pues mamá dice que eres muy embustero. Carolina ha querido convencerla de que no lo eres; pero mamá la contestaba: «Sí, hija, sí, ¿tú qué sabes? El pobrecito Antolín es un infeliz, pero tiene el gran defecto de ser embustero.»

ANT. ¡Eso dice! Pobre de mí. ¿Cómo podré convencerla de lo contrario?

ESCENA XIV

DICHOS Y CAROLINA

CAROL. *(Entra con mucho misterio.)* ¡Chist! ¿No habéis oído llamar?

ANT. Voy corriendo.

CAROL. No, no vaya; pasaba por la antesala y he visto que abría la doncella...

TEOD. ¿Y quién era?

CAROL. Su amigo Judas.

TEOD. ¡Judas!

ANT. ¿Judas? ¿No era ese el criado que había antes que yo viniera?

CAROL. El mismo que viste y calza?

TEOD. No sé cómo se atreve á venir á esta casa, después de haber salido de mala manera.

CAROL. Como no están ni mamá ni papá. ¿No os dije que oía á café?

TEOD. Es verdad, ya no me acordaba. ¿Qué era?

CAROL. Pues era que en el cuarto de la doncella, están de gran merienda con ella el criado de al lado, Judas y la Paca la cocinera.

ANT. No vayáis. Dejadlos. No nos metamos con ellos, que no son buenos y nos harían cualquier trastada.

CAROL. Tiene razón, Antolín. ¡A mí me da mucho miedo de la Paca, tiene un geniazo!

TEOD. A mí de Judas. ¿Sabes lo que me dijo papá cuando le pregunté por qué le habían despedido? Pues me dijo que era un pez de mucho cuidado.

CAROL. *(Asustada.)* ¡Silencio! Creo que vienen hacia aquí.

TEOD. *(Escuchando.)* Si, si que vienen.

ANT. Pues vámonos nosotros. Es lo mejor.

CAROL. Vamos.

TEOD. VAMOS. (Salen los tres andando de puntillas.)

ESCENA XV

(Apenas han salido los niños de escena, penetran con risas y algazara los criados.)

ISIDORA, LA PACA, BLAS y JUDAS

JUDAS. Todavía conservo yo mis dobles llaves. ¡Veréis qué pronto encuentro yo el vinillo! (Va á uno de los aparadores y abre con una de sus llaves.) No están aquí. Las habrá cambiado ese panoli de mi sucesor.

ISID. Lo habrá hecho aposta. Ya me tiene muy harta ese mamarracho de chiquillo. Parece que es un guardia del Orden, y que nosotros somos unos ladrones. ¡Todo lo esconde! ¡Todo lo vigila!

PACA. Ese mala sombra nos va á dar el mejor día el gran disgusto. Ya os tengo dicho que no es bueno.

ISID. Pues no va á tardar nada en levantar el vuelo. Precisamente le estoy defendiendo yo con la señora. Pero en cuanto vuelva le voy á dar el primer disgusto.

JUDAS. (Que ha abierto otro aparador.) Pues aquí no están tampoco. ¿Dónde los habrá escondido ese asaúra?

ISID. Callad. ¿No habéis oído dos palmadas? Es la portera que avisa que viene la señora. ¡Ahuecar el ala! ¡Vivo, que no hay tiempo que perder! (Todos los criados salen precipitadamente, y en seguida suena el timbre.)

ESCENA XVI

ISIDORA y LA SRA. DE PÉEZ

SRA. ¿Qué le pasa á usted que está tan sofocada?

ISID. ¡Ay, señorita! Que acabo de tener un gran disgusto. (Enseña

á la señora un cesto con los pedazos de la vajilla rota.) ¡Mire la señorita qué lástima!

SRA. ¿Quién ha sido?

ISID. ¿Quién ha de ser? El de siempre. Ese condenado de Antolín, que tiene unas manos muy desgraciadas. No; no puede seguir ese chico en la casa, señorita, porque no va á dejar nada vivo.

SRA. Es extraño, usted le defendía siempre, y ahora...

ISID. Tiene razón la señora. Yo le defendía. Me daba lástima; una es así. Pero de todo se cansa una, y yo he acabado de desengañarme de que ese muchacho no sólo es torpe, sino que...

SRA. Acabe usted.

ISID. Sino que no es bueno.

SRA. Vaya á llamarle en seguida.

ISID. Voy en el acto.

ESCENA XVII

LA SEÑORA; después ANTOLÍN

SRA. Me extraña mucho este cambio. Antolín es torpe y algo embustero, pero tanto como malo, no. Una persona tan virtuosa como D. Donato, su padrino, que le ha criado y le conoce á fondo, no me le hubiera recomendado tanto si fuera un malvado.

ANT. (Entra muy humilde.) Perdóneme la señora. Ha sido sin querer, yo se lo juro.

SRA. ¿Qué es lo que has hecho?

ANT. Romper la vajilla, siento mucho tenerlo que decir, pero no quiero que se lleve la culpa nadie. ¿Me perdona la señora?

SRA. Sí, hombre, sí; las faltas por torpeza son siempre perdonables; las de mala intención y las mentiras, ¿te enteras bien?, esas no las perdono.

ANT. Y así debe ser.

Continuará.



LA PINTURA

II

Las invasiones de los bárbaros concluyeron con el imperio romano y con la civilización tan avanzada que á su sombra se alcanzó, y tanto las artes como el saber de la época se refugiaron en Constantinopla. Allí, si bien la pintura no adelantó un paso, al menos se conservaron la tradición y los procedimientos pictóricos que los romanos habían aprendido de los griegos, y no se dió al olvido esta rama importantísima de las artes del dibujo.

A imitación de lo que ocurría en la escultura, en la que se abandonaba el mármol para hacer estatuas de oro y de plata, adornadas con piedras preciosas, los pintores bizantinos quisieron rivalizar en lujo, y emplearon el oro, tanto para los fondos de sus cuadros, como para realzar el tono de las telas, muebles, armas, edificios, etc., que servían de complemento á las figuras que pintaban. No pareciéndoles suficiente el brillo y colorido de sus obras, cultivaron el mosaico, y con piedras de colores, unidas á los metales preciosos, decoraron los muros de los templos y de los palacios.

Así, que la pintura decayó en vez de progresar, como hubiera sido lógico, y vino á quedar reducida á un arte que muy pocos poseían y que llegó á cultivarse casi exclusivamente en los monasterios, en donde se hicieron verdaderas joyas pictóricas, ilustrando los libros religiosos con toda clase de dibujos, figuras, adornos y alegorías.

Y ocurrió que de nuevo—como en sus orígenes—volvió la pintura á convertirse en auxiliar poderoso de la arquitectura, y así como los artistas no podían reproducir sino de modo muy imperfecto y primitivo

Ayuntamiento de Madrid

las figuras, daban pruebas de buen gusto y de saber realizando con colores apropiados las grandes líneas de los edificios y de las iglesias, las columnas y hasta las esculturas mismas. La mayor perfección en este género de pintura se alcanzó en los siglos x y xi, y de entonces datan asimismo las primeras pinturas en cristal, con las cuales se adornaron las vidrieras de las catedrales y de los palacios.

Los artistas de esa época empleaban varios procedimientos para pintar: el fresco, la pintura á la cola y aun la pintura al óleo, aunque usaban menos esta última, por lo que tardaba en secarse, dado que después de extendida una capa de color tenían que exponer el cuadro al sol para que se secara, y mucho tiempo después se inventó el mezclar á las pinturas preparadas con aceite substancias que, al evaporarse, dejasen la obra en condiciones de poder extender nuevas capas de color.

Los pintores de los siglos xii y xiii conocían los colores hechos con tierras y los que se deben á los óxidos de plomo, al cobre y las lacas.

A Italia le estaba reservada la gloria de darle el grande impulso que la ha colocado á la altura de esas otras dos ramas de las Bellas Artes, empezando este trabajo de renacimiento de la pintura tres artistas florentinos: Cimabue, Giotto y Giovanni da Fiesole, fundadores de la escuela de Florencia, la más antigua y la primera de Italia. Más tarde, perteneciendo á esa escuela maestros tan ilustres como Guide, Perugino, Leonardo de Vinci, Della Porta, Miguel Angel, Del Sarto, Vasari y Carlo Dolci.

Iniciado el movimiento por los tres primeros, y auxiliados después por los que les siguieron, se produjo, en distintas ciudades de Italia, una corriente de interés hacia la pintura, que dió como resultado el que se creasen otras escuelas, tales como la romana, en la que despuntó Rafael Sanzio y luego su discípulo Julio Romano; la de Lombardía, que tuvo á Mantegna y á Correggio la veneciana; á Giorgione, á Ticiano, al Tintoretto y á Pablo Veronés, y otras varias.

De Italia se transmitió la afición á la pintura á los demás países, que han contribuido también con sus obras al enriquecimiento y á la perfección de este arte, y así en España hemos tenido artistas cuyos nombres son universalmente conocidos y admiradas sus obras en todo el mundo: Velázquez, Morales, Ribera, Greco, Murillo, Goya, para no citar más que á los antiguos; en Alemania, Alberto Durero y Holbein; en Flandes, Van Eyck, Rubens, Van Dyck, Jordaens, Rembrandt, Dow y tantos otros; en Francia, Cousin, Vernet, Poussin, Lorrain, F. de Champaigne, Lesueur, Le Brun, Watteau, Vauloo, Greuze, etcétera; en Inglaterra, Hogarth y Reynolds, entre otros.

Es, pues, la pintura, como tal arte bello en toda la acepción de la palabra, relativamente moderna, pues que el principio de su engrandecimiento sólo data del siglo xiv, y no empleó más que un par de siglos en alcanzar su mayor grado de perfección, que raras veces se ha conseguido sobrepasar después.

JUAN ANTON.



UN LORO INDISCRETO



